se los que han de ser latinos; y he dejado algunas cartas, porque bastan estas para imponerse los niños en todas. Las he distribuido en varias clases, para que pasando sucesivamente los niños las de cada una, formen idea de lo que pide y requiere, y puedan, cuando se les ofrezca, escribir con acierto una carta. No pretendo hacer mérito de esta obrita, en que mas me ha dado que hacer el discurrir lo que habia de dejar de lo mucho que hay escrito sobre el asunto, que lo que habia de añadir. Ruégote perdones las faltas en atencion á la buena voluntad. Á Dios.

VIDA

DE MARCO TULIO CICERON.

M. Tulio Ciceron nació en Arpino, lugar de Italia en el reino de Nápoles; cuando corria el año de 645 de la fundacion de Roma: su padre se llamó Marco y su madre Helvia. De ella dicen que fue muger rica y de esplendor; mas sobre la calidad del padre hay diversidad de opiniones, dándole unos muy bajos principios, y haciéndole otros caballero romano, y aun pretendiendo que descienda de Tulo Apio rey de los volscos. Fue de un ingenio singularísimo y capaz de todas las ciencias, cobrando aun en la escuela tanta fama, que iban los padres de sus condiscípulos á ella solo por tener el gusto de ver con sus ojos al que tanto les ponderaban. En la poesía y retórica salió tan aventajado, que llegó á ser reputado por el mejor orador y poeta de todos los romanos, como nos dice en su vida Plutarco. Y aunque otros esclarecidos ingenios, que florecieron despues en Roma, obscurecieron su gloria en la poesía, conservó siempre su superioridad sobre todos en la elocuencia.

Concluidos los estudios de la niñez, aprendió la filosofía de Filon, filósofo académico, muy célebre y estimado entonces en Roma, y de los senadores que trataban con frecuencia á Mucio Scévola, las leyes y costumbres de esta ciudad.

Militó algun tiempo en la guerra mársica bajo del mando de Syla; mas comenzando las guerras civiles entre este y Mario, se retiró á Roma, donde se dedicó al estudio de las ciencias, á que le llamaba su genio, conversando familiarmente con algunos griegos doctos, con quienes se acompañaba; y se mantuvo en este género de vida hasta la victoria de Syla. Por este tiempo teniendo 27 años de edad abrazó la defensa de Roscio, á la que nadie se atrevia por temor del dictador Syla, que por su interes particular era contrario del reo, aunque con disimulo, y salió con gran gloria de esta primera causa. Mas teniendo algun temor al dictador, por quitarse de su vista, se fue á la Grecia, pretestando que su salud, que se hallaba algo quebrantada, le precisaba á mudar de aires para su restablecimiento.

Habiéndolo logrado, y corregido cierta aspereza, que tenia en la voz, la cual pudiera deslucir en parte su elocuencia, llegándole la noticia de la muerte de Syla, y llamado con instancia de sus amigos de Roma, que le prometian una brillante fortuna, para la cual era el principal camino la elocuencia empleada en la defensa y acusacion de los reos, se dedicó de nuevo con mas cuidado á perfeccionarse en ella. Y así navegó al Asia, y allí trató á los oradores famosos Xenocles Adramiteno, Dionisio Magnesio y Menipo Cario; y despues en Rodas á Apolonio el hijo de Molon, esclarecido orador, y al ilustre filósofo Posidonio. De Rodas volvió á Roma, en donde para perfeccionar su pronunciacion observó la del cómico Roscio, del trágico Esoso, y dedicándose al foro, desde luego logró sobresalir entre todos.

Habiendo ido á la Sicilia por cuestor ó *tesorero* del pretor Sexto Peduceo; al principio fue gravoso y molesto á los sicilianos: mas despues que esperimentaron su integridad, benevolencia y humanidad, le distinguieron con los mayores honores. En este tiempo defendió con buen suceso á unos jóvenes romanos remitidos al juzgado del pretor de Sicilia, lo que le ganó algunos amigos. Al volver á Roma encontró á un hombre principal su conocido, á quien preguntó; ¿qué se decia de él en la ciudad? creyendo que no se hablase de otra cosa que de él: á lo que el otro respondió: ¿pues adónde has estado, Ciceron, todo este tiempo? en lo que conoció el poco ruido que habia metido en Roma su conducta, de que el estaba tan satisfecho: lo que le resfrió algun tanto para la pretension de los honores. Por espacio de algunos años se empleó en la defensa de sus amigos hasta la acusacion de C. Verres, que habia gobernado la Sicilia, y afligido durante el tiempo de su gobierno á los infelices sicilianos con todo género de vejaciones. Ciceron hizo de modo, que los jueces aunque deseaban que el reo se libertase, no pudieron menos de condenarle. Despues de esta acusacion pretendió el cargo de edil, al que tocaba entre otras cosas el abastecer la ciudad de comestibles, para lo cual no le sirvieron poco los sicilianos agradecidos al favor que de él habian recibido.

Concluido el año pretendió la pretura, ó cargo de *juez supremo;* la que logró en competencia de muchos de mayor mérito: prueba del concepto que merecia al pueblo, que era quien elegia los magistrados. Durante este cargo hizo condenar á Liciano Macro, acusado de haberse apropiado los caudales públicos, sin que le pudiese libertar el mucho poder que este tenia por sí y por el favor de Craso, el hombre mas rico de los romanos. En esta ocasion ganó mucho crédito de activo é íntegro. A los 43 años de su edad, tiempo en que la ley permitia pretender el consulado, que era el cargo supremo de la república, hizo su pretension á él. Concurrieron á favorecerle para el logro grandes y chicos, contemplando que en él solo habia las partes de prudencia, desinteres, actividad y fortaleza necesarias para resistir á los malvados intentos de L. Sergio Catilina.

Este hombre perverso, que era de la sangre mas ilustre de Roma, mas de grande osadía y ambicion y de costumbres muy estragadas, se conjuró con otros muchos de todas clases y todos gente perdida, para quitar la vida á los principales de Roma, poner fuego á la ciudad, y de esta suerte hacerse señor del imperio romano. Para mejor lograr sus malvados designios pretendió el consulado. Todos los hombres de bien que preveian los males que amenazaban á la república, y entendian que solo Ciceron era capaz de atajarlos, le animaron á la pretension, que logró en competencia de hombres de la mas distinguida nobleza, y en efecto con esto se reprimió por un poco Catilina.

Luego al principio de su consulado logró la elocuencia de Ciceron su gran triunfo. Los tribunos de la plebe, que eran unos magistrados creados para protegerla contra la opresion y violencia de los nobles, propusieron al pueblo la ley agraria, en que se mandaba vender todas las tierras de la república, para comprar con el dinero que se sacase, campos que repartir á la plebe. Mas Ciceron manifestó al pueblo en un discurso las miras torcidas de los tribunos, y que bajo de la capa del bien comun no pretendian mas que su propio engrandecimiento: con lo que logró que el mismo pueblo abrogase la ley que tanto alhagaba sus deseos.

Habiendo vuelto Catilina á sus intentos, incitado de nuevo de los suyos, y principalmente de los soldados veteranos, que habian militado en la guerra civil, los cuales habian tomado por capitan á un valeroso soldado de Syla, llamado Manlio, pretendió segunda vez el consulado, y bajó al campo donde se hacian las elecciones determinado á matar á Ciceron; mas llevó de nuevo repulsa, sin que pudiese ofender á Ciceron, que se presentó en el campo prevenido con armas defensivas, y bien acompañado de amigos. Y resolviendo sin embargo poner por obra su conjuracion, y estando ya cerca el dia en que se habia de egecutar, tuvo Ciceron indicios ciertos de ella, que declaró al senado. Y habiendo concurrido tambien á él Catilina, le mandó salir de Roma. Hízolo este, dejando cometida la ejecucion de sus malvados designios á sus cómplices, y encargados á dos

que con pretexto de ir á saludar á Ciceron por la mañana, le diesen muerte en su misma cama: de lo que tuvo Ciceron aviso, y se libró no dejándolos entrar.

Salió Catilina acompañado de trescientos de los suyos, enderezándose á los reales de *Manlio.* Ciceron despachó contra él con egército al otro cónsul Antonio, que derrotó enteramente á los rebeldes con muerte de Catilina. Ya antes de la batalla habia Ciceron preso en Roma al pretor Léntulo, á Cétego, y á otros principales, que eran cómplices en la conjuracion, y la habian de egecutar, y de acuerdo con el senado los habia hecho degollar, no haciendo caso por el bien comun de los muchos y poderosos enemigos, que cobraba.

No disfrutó mucho tiempo de la satisfaccion, que merecia por este tan señalado servicio que habia hecho á su patria, pues parte por envidia, parte por la amistad y conexion, que muchos habian tenido con los castigados, y parte tambien por la jactancia del mismo Ciceron, (vicio disimulable en un gentil) comenzaron muchos á mirarle con malos ojos, y hablar mal de él, procurando persuadir que habia sido ficcion suya todo lo de la conjuracion. Mas quien le hizo mas cruda guerra fue un tribuno de la plebe, llamado P. Clodio. Era este de una de las familias mas distinguidas de Roma, y enamorado de la muger de Julio César, en un dia en que se celebraban en casa de este los sacrificios de la diosa Bona, á que solo podian asistir mugeres, se disfrazó con hábito mugeril, y confiado en sus pocos años, en que aun no le habia salido el bozo, entró en casa de César. Mas habiendo sido conocido y acusado por este delito, quiso probar que estaba ausente de Roma en aquel dia, y puso por testigo á Ciceron, que atestiguó lo contrario. Sin embargo logró que los jueces le absolviesen, é irritado contra Ciceron, por vengarse de él, se hizo adoptar de un plebeyo, para poder lograr asi el tribunado de la plebe, en que era fácil la venganza. Habiéndole obtenido, promulgó una ley, que condenaba á Ciceron á destierro y confiscacion de bienes, por haber muerto á los ciudadanos romanos, sin ser condenados; y para hacerlo recibir juntó mucha gente perdida de su faccion. El senado y veinte mil caballeros romanos se vistieron de luto, demostracion que hacian los reos y sus amigos para mover el pueblo á misericordia. Mas Ciceron viendo, que de los dos, Pompeyo y César, que tenian el mayor poder en la ciudad, aquel le habia desamparado, aunque le estaba muy obligado, y este le era contrario; que muchos amigos, que él habia creido finos, le eran traidores, y otros, que permanecian leales, no se atrevian á sacar la cara por él, cedió á la fuerza, y salió desterrado.

Fueron confiscados sus bienes, taladas sus granjas, demolida su casa y consagrada á la diosa Libertad, y se mandó que nadie le recibiera, ni diera ningun socorro. Pasó Ciceron su destierro en la Grecia con suma tristeza y sentimiento, no sin algun descredito de su sabiduría.

Mas en Roma como Clodio satisfecho de lo bien que le habian salido sus intentos contra Ciceron, hiciese tambien tiro á Pompeyo, irritado este, sacó la cara por Ciceron, é hizo que se revocase cuanto se habia hecho contra él. Fue restituido á su patria con las mayores honras, se mandó reedificar su casa á espensas del erario público, y dar gracias á varias ciudades que le habian dado acogida, á pesar de la ley de Clodio, que lo prohibia.

Algun tiempo despues fue Ciceron á gobernar la Cilicia, en donde procedió con la mayor justificacion y humanidad. Durante el tiempo de su gobierno hizo una espedicion contra los amanienses, á los cuales derrotó; por cuya victoria fue aclamado general por sus soldados. Vuelto del gobierno halló á Roma dividida en vandos, de que eran cabezas Pompeyo y César. Hizo cuanto pudo á fin de ponerlos en paz; mas en vano. Porque César pasó á Italia desde las Galias, donde habia muchos años que hacia guerra. Con lo que Pompeyo tuvo que dejar á Roma, y despues la Italia, siguiéndole casi todos los principales.

Ciceron al principio se estuvo quieto; mas despues avergonzándose de no seguir la mejor causa, se fue á juntar con Pompeyo. Y habiendo este sido vencido en los campos de Farsalia, en cuya batalla no se halló Ciceron por estar enfermo, se volvió este á Italia, en donde fue recibido á la gracia de César, y conservado por él en sus honores. Mas aunque César le trató con toda estimacion, sin embargo no se quiso valer de su consejo para nada: y asi libre, y desocupado de negocios se dedicó enteramente á las letras, y entonces escribió sus libros filosóficos.

Muerto César á puñaladas en el senado por Bruto y Casio y otros principales, Ciceron sacó la cara por los matadores, defendiendo que habian hecho un gran servicio á la patria en libertarla del tirano. Y queriendo el cónsul Marco Antonio aprovecharse de la ocasion para suceder á César en el mando, y armándose para ello, Ciceron compuso, y dijo varias oraciones contra él, que intituló filípicas, á imitacion de las que Domóstenes habia dicho en Atenas contra Filipo, rey de Macedonia. Marco Antonio fue declarado enemigo de la patria y vencido por las tropas de la república; mas despues babiéndose coligado con él Lépido y Octavio, que antes estaban á favor de ella, formaron el famoso triunvirato, levantándose los tres con todo el mando. Condenaron á muerte á los que les pareció, y entre estos M. Antonio á Ciceron con gran resistencia de parte de Octavio, que habia sido de él muy favorecido. Huyendo Ciceron en una litera, viendo venir los matadores, mandó parar, y sin mostrar flaquezas de ánimo alargó su cabeza para que se la cortaran. Fue el egecutor Popilio Lenas, pagándole así el haberle defendido en una causa capital. Murió á los 64 años de su edad, dejando que sentir á todos los amantes de las letras.

Dejó un hijo que se llamó Marco, el cual aunque vicioso, fué despues promovido al con-

sulado por Augusto por los respetos de su padre. Una hija llamada Tulia, que habia sido tres veces casada con jóvenes de la mayor distincion, ya habia muerto antes de su padre sin dejar hijos. Aunque Ciceron habia heredado poco, llegó á ser rico, habiéndole deseado muchos amigos por heredero. Fue dos veces casado. La primera muger se llamó Terencia, y la segunda Publia: á ambas dió libelo de repudio, permision que daban las leyes romanas. En Terencia tuvo el hijo é hija, de quienes se habló poco há. Llegó á tener la mayor autoridad con el senado y pueblo, y á ser visitado y frecuentada su casa, como las de Craso y Pompeyo, aquel el mas rico, y este el mayor general de los romanos. Ademas de los empleos, de que ya se hablo, de *edil, pretor y cónsul*, tuvo tambien el de *augur* ó *agorero*, que era de los mas estimados. Adornáronle muchas virtudes, singular prudencia, justificacion, desinteres, amor al bien público, gratitud, templanza, continencia y fortaleza para despreciar los riesgos por la utilidad comun. Es verdad que era jactancioso, y alguna vez por defeder á sus amigos pareció declinar algo de lo justo, y por seguir su humor de decir donaires se hizo con sus dichos no pocos enemigos. Escribió varias obras de elocuencia, de filosofía y de política, que miran con aprecio y estima los sabios de este siglo ilustrado. Su vida escribieron en latin Tiron su liberto, y en griego Plutarco, de quien estractamos lo que va dicho, por haberse perdido la que escribió Tiron.

LIBRO PRIMERO.

DE LAS CARTAS DE RECOMENDACION.

CARTA PRIMERA.

ARGUMENTO.

Pide Ciceron á Léntulo que favorezca en todo á Aulo Trebonio.

M. T. CICERO P. LENTULO PROCONS. S. D.

Aulo Trebonio, qui in tua provincia magna negotia et ampla et expedita habet, multos annos utor valde familiariter. Is cum antea semper et suo splendore, et nostra ceterorumque amicorum commendatione gratiosissimus in provincia fuit; tum hoc tempore propter tuum in me amorem, nostramque necessitudinem vehementer confidit, his meis litteris se apud te gratiosum fore; quæ ne spes eum fallat, vehementer te rogo: commendoque tibi ejus omnia negotia, libertos, procuratores, familiam: in primisque, ut, quæ T. Ampius